

# José de Armas

Recluido en un hotelito de la Guindalera, en las afueras de Madrid, y preocupado constantemente por algo muy triste que le amargaba la vida, pasó estos últimos años el pobre Armas. Sus achaques apenas le permitían salir de casa; en la alcoba, sentado en la cama amontonados libros y papeles, trabajaba horas y horas y recibía, siempre amable y sonriente, a los pocos amigos que teníamos la suerte de disfrutar de su intimidad. Yo iba a verle con frecuencia el cariño me llevaba el egoísmo me retenía; le saludaba con un fuerte apretón de manos y me despedía pidiéndote perdón, pues su conversación interesante y amantísima me hacía perder la noción del tiempo. Algunas veces, al marcharse, le decía: usted se tiene la culpa de las "latas" que le doy. "Bueno—me contestaba—pues en castigo acompañeme usted un rato más, mientras fumamos el último pitillo." Que casi nunca era el último, por supuesto.

Hablábamos de todo: de religión, de arte, de literatura (de estas cosas hablaba él y aprendía yo,) de política (aquí metía baza yo también,) y hasta descendíamos algunas veces de esas alturas para asombrarnos de la carestía de las subsistencias y de lo que en ello influye lo que "sisan" estas cocineras madrileñas. Algunas que él padeció se encariñaron tanto con el procedimiento, que fué preciso sustituirlas por otras... que "sisaban" más.

Tardes inolvidables aquellas en que muchas veces oficiábamos de estadistas resolviendo a nuestro modo los conflictos que, tanto en Cuba como en España perturban la normalidad de la vida. De poner de oro y azul a los políticos españoles me encargaba yo, echándoles la culpa de todo lo malo que nos sucede, lugar común muy socorrido para los que no sabemos hacer nada. El salía a la defensa de mis "víctimas;" en cambio "defendía" yo a los políticos cubanos cuando hacían algo que a su ilustre paisano no le parecía bien. No ocultaba cuál había sido su actitud en tiempos pasados; pero Armas, separatista, campeón de la independencia, quería a España, recordaba con fruición las páginas gloriosas de su historia, lamentaba su decadencia y tenía fe en sus futuros destinos, admiraba a nuestros sabios, a nuestros literatos y a nuestros artistas, y su labor predilecta, lo que quizá acreditó más la erudición y la inteligencia del brillantísimo escritor, fué la serie de estudios sobre Cervantes, universalmente conocidos y que quedarán como nota de mérito relevante en la literatura española. Natural era, por tanto, que aquí mereciera el aprecio y el respeto de todos los hombres de valer y que en las esferas oficiales, donde tenía entrada libre y atención preferente, como en los círculos literarios, se le hiciera

objeto de toda clase de consideraciones. Era muy modesto: huía de la exhibición. No poco trabajo costó a don Rafael María de Labra—por quien Armas sentía gran devoción—conseguir que diese en el Ateneo unas conferencias, notabilísimas y muy aplaudidas. En los actos solemnes, con asistencia de toda la Corte, que en Madrid se celebraron para inaugurar el monumento a Vara de Rey—que a la iniciativa de Armas se debe—no fué posible arrancarle de su casa para ocupar el puesto de honor que se le tenía reservado. Para ensalzar a los demás estaba siempre dispuesto; pero si se trataba de ensalzarle a él, estudiaba la manera de evitarlo. Fué gran amigo de Menéndez Pelayo, de "don Marcelino," como él decía. Hablando de este español inmenso, y tan humilde que hasta se resignó a ser diputado a Cortes, agotaba el repertorio de elogios y las admiraciones. Eran también santos de su especial devoción dos hombres ilustres y asturianos!: Armando Palacio Valdés y Melquiades Alvarez. Tenía muchos deseos de conocerlos personalmente. Palacio Valdés vive aquí muy cerca de mi casa y me dispensa el honor de aceptar que le acompañe algunas veces en sus solitarios paseos por el Retiro. Una tarde cambiamos de rumbo y fuimos a la Guindalera. ¡Qué sorpresa, qué satisfacción la de Armas al recibir la visita del famoso novelista! Y como Palacio Valdés, ("otro que tal") es un hombre sencillo, modesto, simpatiquísimo y de trato encantador, se entendieron perfectamente, como buenos camaradas. Allí estaba aquel día don Carmelo Echeagaray, otro "quidam" literario, discípulo predilecto y uno de los testamentarios de Menéndez Pelayo, que se sabe de memoria todo lo que escribió y el maestro pue-

de además permitirse el lujo de comentarlo con verdadera competencia. Otra tarde—una hermosa tarde de la primavera última—saqué al querido Armas de su casa, no sin hacerle un poquito de rogar, pero alegrándose luego cuando me oyó dar al cochero la dirección de la casa de Melquiades Alvarez. Estaba solo el gran astur (plan convenido;) la conversación fué cordial y sin prisas y además un poco gravosa para mí, pues Melquiades, que, "por casualidad", no tenía cigarrillos, me fumó media cajetilla. Armas le escuchaba atento, deslizaba de vez en cuando alguna pregunta y "se dejaba caer" solicitando la opinión del tribuno sobre temas de actualidad. Simpatizaron muchos los que ya parecían amigos, se despidieron con gran afecto, y cuando a los pocos días le llevaba yo a Melquiades la "interview" publicada en el "Herald", le agradó extraordinariamente. Allí estaba la sustancia de toda la conversación, en forma magistralmente discreta; sin haber cohibido al interpelado

9

1000040

2

con interrogatorios de catecismo, lápiz en mano y cartillas en pierna, como suelen hacerlo los que van a confesar a los personajes políticos.

Meses después tuve en Asturias una carta suya. Alarmado por las noticias recibidas de su hermano Susini, a raíz de un desagradable suceso, decidió repentinamente el viaje a Cuba; tres o cuatro días antes de llegar a la Habana me transmitió un aerograma, que revelaba gran satisfacción, y a últimos de Noviembre me decía, entre otras cosas, en una cariñosa carta: "Mal me ha recibido Cubita bella. Desde el día 4 de Septiembre que llegamos, después de un viaje excelente, no he dejado de sufrir los más terribles dolores del estómago, que se me han subido a veces al corazón, o a muy cerca. Los médicos dicen que "no es nada," que el corazón nada tiene, etc., etc., pero yo sufro mucho."

Con la noticia inesperada de su muerte vinieron otras relativamente consoladoras: la noble excitación del señor Héctor de Saavedra, el rasgo simpático y oportuno del señor Cosme de la Torriente, el acuerdo unánime del Senado y las espontáneas manifestaciones de la opinión, movidos todos por el deseo de honrar la memoria del cubano ilustre y de asegurar el pan a los suyos.

Permítase a quien sinceramente quiso y admiró a José de Armas, tributar un aplauso a tan hermosas iniciativas. Y si yo tuviera autoridad para dirigir un ruego a mis compatriotas de la colonia española de Cuba, me atrevería a rogarles que se sumasen a los cubanos en este merecido y póstumo homenaje. Es en nosotros un deber de gratitud. No olvidemos que Armas dijo un día, en artículo memorable: "El primero de Julio de 1898 cayó en el Caney, a las puertas de Santiago de Cuba, combatiendo por España, uno de esos héroes maravillosos del deber, a quien todas las naciones deben admiración. No hemos de juzgar ahora

si fué su causa la más justa, si su heroísmo sin superior en la historia fué un sacrificio en aras de la humanidad y del derecho. El que escribe estas líneas se encontraba aquel día memorable en el sangriento campo de la lucha entre los enemigos de España. Pero admiremos al gigante español: —¡Hombres de todos los pueblos que respetais el heroísmo, saludad la memoria de Vara de Rey!"

Otro artículo posterior, titulado: "Ocho años después. En la Loma de San Juan, Enero de 1906," terminaba así:

"Al contemplar después de ocho años el campo de batalla, suceden a la memoria de aquellos días tristes reflexiones.

.....

.....

"Allá se ve también el Caney y se levanta magestuosa la sombra inmortal del heroico español, que cumplió su deber de soldado muriendo por su patria, y redimió de toda culpa en el desastre a la infantería gloriosa, heredera de los lauros de San Quintín y de Pavía. No veo Monumento que señale tu hermosa acción ¡oh ilustre Vara de Rey! pero lo tienes en la Historia y en el recuerdo de tus enemigos."

Esas sentidas palabras produjeron efecto mágico: ellas fueron la base del monumento que se levantó después a los héroes del Caney.

Para el que ahora se proyecta en honor del cubano insigne, no debe faltar, no faltará de seguro el concurso de los españoles.

Juan Bances y Conde,  
Madrid, Febrero 1920.

*M. (t) marzo 22/920*